

Los amantes tenían por costumbre tenderse bajo el tanghin de Madagascar, bajo aquel arbusto envenenado, una de cuyas hojas había mordido la joven. A su alrededor blancas estatuas sonreían, contemplando el enorme apareamiento de las plantas. La luna, en su cámara, alteraba la colocación de los grupos, animaba el drama con su cambiante de luz. Y se creían a mil leguas de París, fuera de la fácil vida del Bosque y de los salones oficiales, en el apartado rincón de una selva de la India, de cualquier monstruoso templo, del cual la negra esfinge se convertía en dios. Sentíanse rodar al crimen, al amor maldito, a una ternura de bestias feroces. Toda aquella multiplicación que les rodeaba, aquel sordo barbofeo de la fuente, aquella desnuda impudicia de los follajes, les arrojaba el pleno infierno dantesco de la pasión. En el fondo de aquella jaula de cristal, tan hirviente con las llamaradas del verano, perdida en la helada claridad de diciembre, era entonces cuando saboreaban el incesto, como fruto criminal de una tierra por demás abrasada, con el sordo temor de su alumbramiento terrorífico.

Y en medio de la negra piel, el cuerpo de Renata se destacaba blanco, en la actitud de grande gata agachada, con el lomo arqueado y las manos extendidas, como corvas flexibles y nerviosas. Sentíase en gran manera henchida de voluptuosidad, y las precisas líneas de sus hombros y de sus caderas se destacaban con sequedades finas sobre la obscura mancha con que la piel ennegrecía la amarilla arena de la avenida. Acechaba a Máximo, a aquella presa tendida debajo de ella, que se le entregaba, y de la que era dueña y señora. Y de vez en cuando, se inclinaba de repente y le besaba con su irritada boca. Abriase ésta entonces con la explosión ávida y sangrienta del hibisco de la China, cuya extensión cubría el

lado del hotel. No era ya más que una ardiente hija de la estufa. Sus besos florecían y se marchitaban como las rojas flores de la gran malva, que apenas duran unas horas, y que renacen sin cesar, semejantes a los labios marchitos e insaciables de una gigantesca Messalina.

## V

El beso que había estampado en el cuello de su mujer, preocupaba a Saccard. Mucho tiempo hacía que no ejercía sus derechos de esposo; la ruptura había llegado con la mayor naturalidad, y ni el uno ni el otro se preocupaban de un lazo que les era molesto. Para que a él se le ocurriera entrar en la habitación de Renata, preciso era que se ocultase un buen negocio en el fondo de sus ternezas conyugales.

El golpe afortunado de Charonne marchaba a pedir de boca, sin que dejase de tenerle inquieto el desenlace. Larsonneau, con sus camisas resplandecientes, se venía con sonrisas que le desagradaban. No era más que un intermediario, un testaferrero cuyas complacencias pagaba con un interés de diez por ciento sobre los beneficios futuros. Pero aun cuando el agente de expropiación no hubiese puesto ni un sueldo en el negocio, y que Saccard, después de haber proporcionado los fondos del café-concierto, hubiese tomado todas sus precauciones, como contra-venta, cartas cuya fecha quedaba en blanco, recibos dados de antemano... no por esto dejaba de acosarle un miedo sordo, un presentimiento de alguna traición. Preveía en su cómplice la intención de hacerle cantar, valiéndose del inventario fal-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

so que aquél guardaba como oro en paño y al cual debía tan sólo tener parte en el negocio.

Así era que ambos compadres se estrechaban fuertemente las manos. Larsonneau trataba a Saccard de "querido maestro". Sentía en el fondo verdadera admiración por aquel equilibrista, cuyos ejercicios sobre la cuerda tirante de la especulación seguía como aficionado. Acariciaba un plan, todavía por modo vago, sin saber a punto fijo cómo habría de emplear el arma que poseía y con la cual temía cortarse él mismo. Sentíase, por otra parte, a merced de su antiguo colega. Los terrenos y las edificaciones que los inventarios sabiamente calculados apreciaban ya en cerca de dos millones y que no valían la cuarta parte de esta suma, debían acabar por hundirse en una quiebra colosal, si el hada de la expropiación no les tocaba con su varilla de oro. Con arreglo a los planos primitivos que habían podido consultar, el nuevo bulevar, abierto para enlazar el parque de artillería de Vincennes al cuartel del Príncipe Eugenio, y para emplazar aquel parque en el corazón de París dando la vuelta al barrio de San Antonio, absorbía una parte de los terrenos; pero quedaba el temor de que apenas quedasen desesquinados, y que la ingeniosa especulación del café-concierto no fracasase por su misma falta de pudor. En este caso Larsonneau quedaba mezclado en una delicada aventura. Con todo eso, aquel peligro no era parte, a pesar de su papel forzosamente secundario, para que no se sintiese lacerado al pensar en el mezuquino diez por ciento que percibiría de un robo tan colosal de millones. Y entonces era cuando no podía resistir a la comezón furiosa de alargar la mano y de cortar su parte.

Saccard no había querido siquiera que prestase dinero a su mujer, regocijándose con aquel

burdo enredo de melodrama, en que se complacía su amor por los tráficos complicados.

—No, no, querido amigo—decía con su acento provenzal, que exageraba más todavía cuando quería dar mayor gracia a alguno de sus chistes, —no embrollemos nuestras cuentas. Es usted el único hombre en París a quien tengo jurado no deber nunca nada.

Larsonneau se contentaba con insinuarle que su mujer era un abismo; aconsejábale que no volviera a darle un sueldo, para que ella le cediera a raja tablas su parte de propiedad. Habría preferido no tener que habérselas más que con él. Tanteábale a veces, y llevaba las cosas hasta decirle, con su aspecto hastiado e indiferente de vividor:

—Fuerza será, no obstante, que ponga un poco de orden en mis papeles... Su esposa de usted me espanta, mi buen amigo. No quiero que llegue el día en que se pongan sellos en mi casa en ciertos documentos.

No era Saccard hombre capaz de soportar con paciencia semejantes alusiones, sobre todo cuando sabía a qué atenerse sobre el frío y meticuloso orden que reinaba en las oficinas del personaje. Toda su personilla activa y astuta se sublevaba contra los temores que trataba de producirle aquel elegantón de usurero, de guantes amarillos. El mal estaba en que se sentía pasto de escalofríos cuando pensaba en un posible escándalo, sobre todo cuando se veía desterrado brutalmente por su hermano, que vivía en Bélgica, entregado a algún negocio de que no se podía hablar. Enfurruscóse un día y hasta llegó a tutear a Larsonneau.

—Escucha, niño mío—le dijo,—tú eres un guapo muchacho, pero obrarías santamente si me devolvieses el documento que sabes. Ya verás

cómo ese pedazo de papel acabará por indisponernos.

Hízose el otro el admirado y estrechó las manos de su "querido maestro", dándole seguridades de su adhesión. Saccard lamentó su impaciencia de un minuto. Precisamente fué en aquella época cuando pensó seriamente en una aproximación con su mujer; podía necesitarla contra su cómplice y tenía aún para sí que los negocios se tratan a pedir de boca sobre la almohada. El beso que le había plantado en el cuello se convirtió, poquito a poco, en la revelación de toda una nueva táctica.

Por lo demás, no tenía prisa alguna, y andaba con tiento con los medios de que disponía. Empleó todo el invierno en madurar su plan, importunado por cien asuntos a cual más embrollado. Fué para él un invierno terrible, lleno de agitaciones, una campaña prodigiosa, durante la cual le fué preciso vencer la quiebra uno y otro día. Lejos de restringir el tren de su casa, dió fiesta tras fiesta. Pero si consiguió hacer frente a todo, fué preciso descuidar a Renata, a la que reservaba para su definitivo triunfo, así que la operación de Charonne estuviese madura. Contentóse con preparar el desenlace, continuando sin darle más dinero, a no ser por la mediación de Larsonneau. Cuando podía disponer de unos millares de francos y Renata se quejaba de su falta de recursos, se los llevaba diciendo que los hombres de Larsonneau exigían un pagaré por doble cantidad. Aquella farsa le divertía en grado sumo y la historia de aquellos pagarés le embelesaba, por el sabor de novela que prestaban al negocio. Hasta en los tiempos de sus más saneados beneficios, había servido la pensión de su mujer del modo más irregular, haciéndole regalos de príncipe, entregándole puñados de billetes de banco y dejándola luego en los mayores apuros,

por una miseria, durante semanas. Ahora que se encontraba seriamente embrollado, hablaba de los gastos de la casa y la trataba como acreedor a quien no se quiere confesar su ruina y a quien se procura llenar de paciencia con esta o la otra historia. Ella le escuchaba, casi como quien oye llover; firmaba cuanto él quería, y si se quejaba de algo, era de no poder firmar más todavía.

A todo esto Aristides tenía ya en su poder pagarés firmados por ella que ascendían a doscientos mil francos, los cuales apenas le costaban ciento diez mil. Después de haberlos hecho endosar por Larsonneau, a cuyo nombre estaban entendidos, hacía viajar aquellos documentos por modo prudente, contando con servirse de ellos más adelante como de armas decisivas. Jamás habría podido llegar al término de aquel invierno fatal, prestar a usura a su mujer y sostener su tren de casa, a no ser por la venta de su terreno del bulevar Malesherbes, que los señores Mignon y Charrier le pagaron al contado, aunque reteniéndose un descuento formidable.

Aquel invierno fué para Renata un continuo disfrutar. Lo único que le hacía padecer era la carencia de dinero. Máximo le costaba carísimo; tratábala siempre como madrastra, y la dejaba que pagase por doquier. Pero aquella miseria oculta constituía para ella un deleite más. Se ingeniaba, se devanaba los sesos para que su "querido niño" no careciese de nada; y cuando había conseguido que Saccard le buscara unos miles de francos, comíaselos con su amante, en costosas locuras, como dos estudiantes a rienda suelta en su primera escapatoria. Cuando no tenían blanca, se quedaban en el hotel, gozando de aquella vasta construcción, de tan nuevo lujo y tan insolentemente bestial. El padre nunca estaba allí, por lo que los amantes permanecían por más tiempo que antes delante de la chimenea. Era

Renata quien había llenado de ardiente jubilación el vacío de aquellos dorados techos. Aquella casa sospechosa por dar albergue al placer mundano, habíase trocado en una capilla en que practicaba aparte una nueva religión. Máximo no constituía tan sólo para ella la nota aguda que se compadecía con sus extravagantes tocados, sino que era el amante adecuado para aquel hotel de anchas vitrinas de almacén, inundado desde los desvanes a los sótanos por un diluvio de esculturas; él animaba aquellos yesos, desde los dos mofletudos Amores que en el patio dejaban caer de sus conchas un hilito de agua, hasta las grandes mujeres desnudas que sostenían los balcones y jugaban en medio de los frontones con espigas y manzanas; él daba la explicación de aquel vestíbulo sobrado rico, del jardín demasiado estrecho, de las deslumbradoras estancias en donde se veía sobra de sillones y objeto ninguno de arte. La joven, que allí se había aburrido soberanamente, divirtiéndose de súbito y se aprovechó como de cosa cuyo empleo no había comprendido hasta allí. Y no fué tan sólo en su habitación, en el salón capullo de oro y en la estufa en donde paseó su amor, sino en el hotel entero. Concluyó hasta por recrearse en el diván del fumadero; allí se olvidaba de sí misma, y decía que aquella pieza exhalaba un tenue olor de tabaco muy agradable.

Señaló dos días de recepción en vez de uno. En los jueves acudían todos los intrusos, pero el lunes estaba reservado para las amigas íntimas. Los hombres no eran admitidos. Solamente Máximo asistía a aquellas reuniones alegres y galantes que se realizaban en el saloncito. Una noche se le ocurrió la peregrina idea de disfrazarlo de mujer y de presentarlo como una de sus primas. Adelina, Susana, la baronesa de Meinhold y las demás amigas que allí se encontraban, se

levantaron y saludaron, admiradas ante aquel rostro que conocían por modo vago. Después, cuando llegaron a comprender, se rieron hasta descoyuntarse, y no quisieron de ninguna manera que el joven fuese a desnudarse; retuvieronle con sus faldas, le gastaron sus bromitas y se prestaron a chistes de gusto equívoco. Después que había acompañado a aquellas damas por la gran puerta, daba la vuelta por el parque y regresaba por la estufa. Aquellas buenas amigas no abrigaron jamás la menor sospecha. Los amantes no podían demostrar mayor familiaridad que hasta allí, como cuando se trataban de buenos camaradas. Y si se daba el caso de que algún doméstico les viese estrechándose más de la cuenta el uno contra el otro, no experimentaba la menor sorpresa, acostumbrados como estaban a los regocijos de la señora y del hijo del señor.

Aquella completa libertad, aquella impunidad les envalentonaba más aun. Si por la noche echaban los cerrojos, no por eso dejaban de abrazarse y besarse durante el día en todas las habitaciones del hotel. Para las ocasiones en que llovía inventaron mil regocijos; pero el mayor placer de Renata consistía en encender un fuego terrible y adormecerse delante de la chimenea. Desplegó en aquel invierno un lujo de ropa blanca maravilloso. Gastaba camisas y peinadores de exorbitante precio, cuyos entredoses y batistas cubríanla apenas con blanquecino vapor. Y, a la roja lumbre del hogar, quedábase como desnuda, con los encajes y el cutis rosados, y con el cuerpo bañado por la llama a través de la tenuidad de la tela. Máximo, acurrucado a sus pies, le besaba las rodillas, sin sentir siquiera el lienzo, que ofrecía la tibieza y el color de tan hermoso cuerpo. La claridad se iba extinguiendo, y penetraba como un crepúsculo en la estancia de seda gris, mientras que Celeste iba y venía detrás de ella,

con su andar tranquilo. Como era natural, habíase convertido en su cómplice. Una mañana que se olvidaron en la cama, encontróles allí y en nada se alteró su flema de criada de helada sangre. Y no se volvían a molestar; entraba a todas horas, sin que ni el ruido de sus besos le hiciese volver la cabeza. Con ella contaban para que les avisase en caso de alarma. No compraban su silencio: era una muchacha muy económica, muy honrada, a quien no se conocía amante alguno.

Renata, sin embargo, no se había metido entre cuatro paredes. Presentábase con frecuencia en sociedad, llevando en pos a Máximo, como paje rubio con traje negro, y disfrutando hasta de los placeres más señalados. La temporada de verano fué para ella un prolongado triunfo. Nunca habían caído en su imaginación trajes ni peinados más atrevidos. Fué entonces cuando se arriesgó a ostentar aquel famoso vestido color de zarza, en el que se veía bordada toda una caza de ciervo, con sus atributos, frascos de pólvora, cuernos de caza y cuchillos de anchas hojas. Entonces fué cuando también puso a la moda los peinados antiguos, que Máximo tuvo que ir a dibujar para ella al museo Campaña, recientemente abierto. Se rejuvenecía, hallábase en la plenitud de su turbulenta hermosura. El incesto le transmitía un ardor que resplandecía en el fondo de sus ojos y caldeaba sus sonrisas. Su lente revestía insolencias supremas apoyado en la punta de la nariz, y miraba a las demás mujeres, a las buenas amigas ostentadas en la enormidad de algún desarreglo de costumbres, en actitud de adolescente jactancioso, con fija sonrisa que quería decir: "También tengo mi crimen".

Máximo, por su parte, encontraba a la sociedad fastidiosa. Pretendía aburrirse por "chic", pues en realidad no se divertía en parte alguna. En las Tullerías, en casa de los ministros, des-

aparecía bajo las faldas de Renata. Pero volvía a convertirse en amo tan pronto como se trataba de alguna escapatoria. Renata quiso ver de nuevo el gabinete del bulevar; la amplitud del diván la hacía sonreír. Luego el joven la fué llevando un poco por todas partes, a casa de las muchachas de vida sospechosa, al baile de la Opera, a los proscenios de los teatritos, a todos los lugares equivocados en donde podían codearse con el vicio brutal y saborear los placeres de incógnito. Cuando regresaban furtivamente al hotel, quebrantados de fatiga, se dormían en brazos uno del otro, fermentando la embriaguez del París licencioso con las picarescas canciones que resonaban aún en sus oídos. Al siguiente día Máximo imitaba a los actores y Renata, en el piano del saloncito, trataba de copiar la ronca voz y los meneos de caderas de Blanca Muller en su papel de Bella Elena. Las lecciones de música que recibió en el convento no le servían más que para estropear las coplillas de las nuevas bufonadas. Profesaba un santo horror por las serias melodías. Máximo tomaba a broma con ella la música alemana, y se creyó obligado a ir a silbar el *Tannhauser* por convicción y para defender las alegres canciones de su madrastra.

Una de sus grandes diversiones fué la de patinar; aquel invierno los patines estaban de moda, el emperador había sido uno de los primeros que probaron el hielo del lago en el Bosque de Bolonia. Renata encargó a Worms un traje completo de polaca, de terciopelo y pieles; y quiso también para Máximo botas flexibles y un gorro de piel de zorra. Llegaban al Bosque con intensos fríos que les escocían narices y labios, como si el viento les hubiéra arrojado fina arena al rostro. Aquello de sentir frío les regocijaba. El Bosque aparecía por entero ceniciento, con filamentos de nieve, semejantes, a lo largo de las ramas, a deli-

cados encajes. Y bajo el pálido cielo, por encima del lago congelado y sin brillo, tan sólo los abetos de las islas, allá sobre el horizonte, ostentaban sus colgaduras teatrales, en donde la nieve prendía también anchos encajes. Ambos se lanzaban en la helada atmósfera, con el rápido vuelo de las golondrinas que pasan rozando el suelo. Llevábanse una mano a la espalda, y apoyándose mutuamente con la otra en el hombro, corrían derechos, sonrientes, el uno junto al otro, girando sobre sí mismos en el ancho espacio que limitaban gruesas cuerdas. Desde lo alto de la grande avenida los pazguatos les contemplaban. A veces iban a calentarse a los braseros encendidos a la orilla del lago; y partían de nuevo, y redondeaban ampliamente su vuelo, con los ojos lacrimosos de placer y de frío.

Después, cuando llegó la primavera, Renata hizo memoria de su antigua elegía. Quería que Máximo se pasease con ella en el parque de Monceaux, por la noche, a la claridad de la luna. Fueron a la gruta, se sentaron en la hierba, delante de la columnata. Mas cuando indicó el deseo de dar un paseo por el lago, se percataron de que la barquilla que se veía desde el hotel, atada a orillas de una avenida, carecía de remos; debían de quitarlos por la noche. ¡Qué desengaño! Por otra parte las grandes obscuridades del parque inquietaban a los amantes. Habrían deseado que se diese allí una fiesta veneciana, con faroles rojos y una orquesta. Gustábales más durante el día, por la tarde, y a menudo se asomaban entonces a una de las ventanas del hotel para ver los carruajes que seguían la curva sabiamente trazada de la grande avenida. Gozaban lo indecible con la contemplación de aquel encantador pedazo del nuevo París, de aquella naturaleza limpia y risueña, de aquellas praderas semejantes a paños de terciopelo, sem-

bradas de canastas de flores, de escogidos arbutos y rodeadas de magníficas rosas blancas. Cruzábanse allí los carruajes en tan gran número como en un bulevar; las paseantes arrastraban suavemente sus colas, como si no hubiesen dejado de pisar la alfombra de sus salones. Y, a través del follaje, criticaban los trajes, señalábanse los trenes, saboreaban inefables goces en medio de los suaves colores de aquel gran jardín. Una punta de dorada verja brillaba entre dos árboles, una bandada de patos cruzaba el lago, el puentecillo del Renacimiento se distinguía, blanco y nuevo entre los verdes, mientras que a ambos lados de la grande avenida, sentadas en amarillas sillas, las madres se olvidaban, hablando, de las muchachas y de los niños que se miraban alegres, con muecas de chicuelos precoces.

Los amantes sentían cariño por el nuevo París. Recorrian con frecuencia la ciudad en coche, dando un rodeo, para pasar por ciertos bulevares, que miraban con ternura personal. Las casas, altas, con grandes puertas llenas de esculturas, cargadas de balcones en que relucían, en grandes letras de oro, nombres, muestras y razones sociales, les enamoraban. En tanto que el cupé se deslizaba, seguían, con amistoso mirar, las grises losas de las aceras, anchas, interminables, con sus bancos, sus columnas pintorreadas y sus árboles desmirriados. Aquella clara abertura que llegaba hasta el límite del horizonte, reduciéndose y yendo a parar a un azulado cuadro del vacío, aquella doble y no interrumpida hilera de grandes tiendas, en donde los dependientes sonreían al parroquiano, aquellas corrientes de muchedumbre, andando y zumbando, les henchían poco a poco de entera y absoluta satisfacción, de sensaciones de perfección en la vida de la calle. Gustábanles hasta las mangas de riego, que pasaban como blanco humo, delante de sus caba-

hos, extendiéndose y cayendo en fina lluvia bajo las ruedas del cupé, bruñendo el suelo y levantando una ligera oleada de polvo. Así iban siempre rodando, pareciéndoles que el coche pasaba sobre alfombras, a lo largo de aquella calzada recta y sin fin, que se había abierto tan sólo para apartarles de las tenebrosas callejuelas. Cada bulevar se convertía en un bulevar de su hotel. Las alegrías del sol reíanse sobre las nuevas fachadas, iluminando sus cristales, sacudiendo los toldos de las tiendas y de los cafés y caldeando el asfalto con las pisadas de la multitud. Y cuando regresaban, un tanto aturcidos por el ensordecedor bullicio de aquellos largos bazares, distraíanse en el parque Monceaux como si se hallasen en la indispensable plataforma de aquel nuevo París, que ostentaba su lujo en los primeros amores de la primavera.

Cuando la moda les obligó a alejarse de París, fueron a los baños de mar, pero con pena, al acordarse, en las playas del océano, de las aceras de los bulevares. Hasta su mismo amor se aburría allí; era como una flor de la estufa, que necesitaba del gran lecho gris y rosa, de la desnuda carne del gabinete, de la dorada aurora del saloncito. Cuando en la noche se encontraban solos, frente al mar, no encontraban ya nada que decirse. Ella trató de cantar su repertorio del teatro de Variedades, acompañándose con un vetusto piano que parecía dar las boqueadas en un rincón de su cuarto, en el hotel; pero el instrumento, más que húmedo por los vientos de alta mar, poseía los melancólicos acentos de las crecidas de un río. En él *La Bella Elena* resultaba lúgubre y fantástica. Para consolarse, la joven dejó turulata a la playa con sus prodigiosos trajes. Toda la caterva de señoras se encontraba allí, boñezando, en espera del invierno, buscando con desesperación un traje con que resultasen

no demasiado feos. Por más que hizo Renata, no pudo conseguir que Máximo se bañara; tenía un horroroso miedo al agua, poníase como la cera cuando el agua le llegaba a las botas; por nada del mundo se hubiera acercado al borde de una escarpadura; se alejaba siempre de los hoyos, haciendo grandes rodeos para evitar la menor pendiente vertical.

Saccard se presentó dos o tres veces a ver a los niños. Estaba agobiado de cuidados, según decía. No fué sino allá en octubre, una vez que los tres se encontraron en París, cuando el gran Saccard pensó seriamente en aproximarse a su mujer. El negocio de Charonne maduraba. Su plan resultaba tan franco como brutal. Proponíase jugar con Renata como habría jugado con una cualquiera. La joven vivía en incesantes necesidades de dinero, y, por orgullo, no acudía a su marido sino en el último extremo. Propúsose éste aprovecharse de la primera petición para mostrarse galante y reanudar unas relaciones por tanto tiempo interrumpidas, con la alegría de alguna gran deuda pagada.

Los más horribles apuros esperaban a Renata y a Máximo en París. Varios de los pagarés suscritos a favor de Larsonneau habían vencido; pero como Saccard, naturalmente, los dejaba dormir en casa del notario, tales billetes inquietaban poca cosa a la joven. Por modo distinto se sentía Renata espantada por su deuda con Worms, que a la sazón ascendía a la friolera de cerca de doscientos mil francos. El sastre exigía una cantidad a cuenta, con la amenaza de suspender todo crédito. Acometíanla súbitos escalofríos, cuando pensaba en el escándalo de un proceso y sobre todo en una desavenencia con el ilustre modisto. A más, necesitaba dinero para su bolsillo; iban a aburrirse hasta morir, tanto ella como Máximo, si no contaban con algunos luises

que gastar cada día. Aquel niño querido no tenía una mota, desde que en vano registraba los cajones de su padre. Su fidelidad, su cordura ejemplar, durante seis o siete meses, dependían en gran parte del vacío absoluto de su bolsa. No siempre contaba con veinte francos para invitar a cualquier correntona a cenar. Así era que volvía filosóficamente al hotel. La joven, en todas y en cada una de sus escapatorias, le entregaba su portamonedas para que pagase en los restaurantes, en los bailes, en los teatrillos. Continuaba tratándole maternalmente, y hasta era ella la que pagaba, con las yemas de sus enguantados dedos, en la pastelería, en donde se detenían casi todas las tardes para tomar pastelillos de ostras. Con frecuencia se encontraba por la mañana en el chaleco algunos luises de que no tenía noticia y que ella le había puesto, como madre que provee el bolsillo de un colegial. Y aquella envidiable existencia de meriendas, de caprichos satisfechos, de fáciles placeres, iba a concluir. Pero un temor más grave aun llegó a consternarles. El joyero de Silvia, al que él debía diez mil francos, se atufaba y hablaba de Clichy. Los pagarés que tenía en su poder, protestados tiempo hacía, estaban recargados con gastos tales, que la deuda se encontraba aumentada en tres o cuatro mil francos. Saccard declaró lisa y llanamente que nada podía hacer. Su hijo en Clichy le pondría en evidencia, y cuando de allí viniese a sacarle, no produciría poco ruido la largueza paterna. Renata estaba desesperada; veía a su querido niño metido en la cárcel, no así como así, sino en un verdadero calabozo, tendido sobre la húmeda paja. Un día le propuso con toda formalidad que no volviera a salir de las habitaciones, de vivir allí ignorado de todo el mundo, al abrigo de los corchetes. Luego juró que encontraría dinero. No hablaba nunca del origen de la deuda, de

aquella Silvia que confiaba sus amores a los espejos de los gabinetes particulares. Eran unos cincuenta mil francos lo que necesitaba: quince mil para Máximo, treinta mil para Worms y cinco mil en dinero para su bolsillo. Contarían por delante de ellos con quince días largos de felicidad. Púsose a hacer diligencias.

Fué su primera idea la de pedir los cincuenta mil francos a su marido, a lo que se decidió sino con gran repugnancia. Las últimas veces que había entrado en su habitación para llevarle dinero, le había plantado nuevos besos en el cuello, cogiéndole las manos y hablándole con ternura. Las mujeres poseen un delicadísimo sentido para adivinar a los hombres. Y por eso esperaba una exigencia, una venta tácita llevada a cabo entre sonrisas. En efecto, cuando llegó a pedirle los cincuenta mil francos, él puso el grito en el cielo, dijo que Larsonneau no prestaría jamás tamaña suma, y que él por su parte no se hallaba sino muy apurado aún. Después, cambiando de tono, como vencido y dominado por súbita emoción:

—Nada se te puede negar—murmuró.—Voy a correr todo París, a hacer los imposibles... Quiere, cara amiga, que estés contenta.

Y llevando los labios a su oreja, besándole los cabellos y con la voz algo temblorosa:

—Te los llevaré—dijo,—mañana por la noche, a tu habitación... sin pagaré...

Mas ella se apresuró a decirle que no llevaba prisa, que no quería molestarle hasta tal punto. El, que acababa de poner todo su corazón en aquel peligroso "sin pagaré", que se le había escapado y que le dolía en el alma, no pareció haber sufrido una negativa desagradable. Se levantó y dijo:

—Bueno, bueno, a tu disposición... Ya te encontraré la cantidad cuando llegue el caso... Larsonneau no tendrá que ver nada. Se trata de un

UNIVERSITARIA  
MUNDO LEGAL  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO



regalo que quiero hacerte.

Y se sonrió a lo campechano. Renata se quedó entregada a una inquietud cruel. De sobra sabía que llegaría a perder el escaso equilibrio que le quedaba si se entregaba a su marido. Su último orgullo se fundaba en hallarse casada con el padre y no ser más que la mujer del hijo. Muchas veces, cuando Máximo le parecía frío, trataba de hacerle comprender aquella situación por medio de alusiones clarísimas; hay que decir que el joven, a quien ella esperaba ver caer a sus plantas, después de tal confidencia, se quedó indiferente por completo, creyendo sin duda que quería tranquilizarle sobre la posibilidad de un encuentro entre el padre y él en la habitación de seda gris.

En cuanto Saccard la hubo dejado, se vistió de prisa y corriendo y mandó enganchar. Mientras que el cupé la llevaba hacia la isla de San Luis, iba preparando el modo y manera de pedir los cincuenta mil francos a su padre. Habíase lanzado a aquella idea brusca, sin quererla discutir, sintiendo en el fondo su villanía sobreco-gida de invencible terror ante semejante paso. Cuando llegó al patio del hotel Béraud dejola helada su lúgubre humedad de claustro; así fue que, con ansias de volverse, subió la ancha escalera de piedra, en donde sus botitas de altos tacones resonaban terriblemente. Había cometido la torpeza, en su precipitación, de elegir un traje de seda, color de hoja muerta, con anchos volantes de encajes blancos, adornados de lazos de raso y cortado por un cinturón plegado como una banda. Aquel traje, completado por un sombrero adornado con un gran velo blanco violeta, transmitía una nota tan especial al sombrío tedio que producía la escalera, que hasta ella misma se percató de la extraña figura que representaba. Púsose a temblar al atravesar la austera fila de vastas habitaciones, en donde los vagos persona-

jes de los tapices parecían sorprendidos por aquella ola de faldas que pasaban en medio de la semi-obscuridad de la soledad de su existencia.

Encontró a su padre en un salón que daba al patio, en donde tenía costumbre de permanecer. Leía un gran libro colocado en un pupitre adaptado a los brazos de su sillón. Delante de una de las ventanas la tía Isabel hacía calceta con largas agujas de madera; en el silencio de la pieza tan sólo se oía el tic-tac de aquellas agujas.

Renata se sentó, reprimiéndose, no pudiendo hacer el menor movimiento sin turbar la severidad del elevado techo, con el rumor de telas magulladas. Sus encajes resultaban de cruda blancura, sobre el fondo oscuro de los tapices y de los viejos muebles. El señor Béraud Du Chatel, con las manos apoyadas en el borde del pupitre, la miraba. La tía Isabel habló del próximo casamiento de Cristina, quien debía de enlazarse con el hijo de un abogado riquísimo; la joven había salido en compañía de una antigua sirvienta de la familia, para ir a casa de un proveedor; y la buena tía hablaba sola, con su plácida voz y sin cesar de hacer media, parloteando sobre las cosas de la casa y dirigiendo sonrientes miradas a Renata por encima de sus anteojos.

Pero la joven se sentía cada vez más turbada. Todo el silencio del hotel le pesaba sobre los hombros, y mucho habría dado para que los encajes de su vestido fuesen negros. La mirada de su padre la inquietaba hasta el punto de juzgar a Worms como ente del todo ridículo, por haber imaginado tan desaforados volantes.

—¡Qué hermosa estás, hija de mi alma!—dijo de súbito la tía Isabel, quien ni siquiera había visto todos los encajes de su sobrina.

Paró las agujas y sujetó las gafas para ver mejor. El señor Béraud Du Chatel le dirigió una triste sonrisa.

—Es un poco blanco—dijo.—Una mujer debe de encontrarse muy contrariada llevando eso por las aceras.

—Pero, papá mío, si así no se sale a pie!—exclamó Renata, a quien le dolió en seguida aquella frase salida del corazón.

El anciano iba a contestar, pero se levantó, irguió su aventajada estatura y se puso a andar lentamente, sin mirar más a su hija. Esta permanecía palidísima por la emoción. Cada vez que se excitaba para tener valor y que buscaba una transacción para llegar a la demanda de dinero, sentía una punzada en el corazón.

—No se te ve ya, papá mío—murmuró.

—¡Oh!—contestó la tía, sin dejar tiempo a su hermano para que abriera los labios,—tu papá no sale sino muy de tarde en tarde para ir al Jardín de Plantas. Y aun así, me ha de costar enfadarme. Se le ocurre decir que se pierde en París, que la ciudad no se ha hecho para él... ¡Anda, anda, ya puedes reñirle!

—¡Le gustaría tanto a mi marido que asistiese de vez en cuando a nuestros jueves!—continuó la joven.

El señor Béraud Du Chatel dió algunos pasos sin hablar. Después, con voz sosegada:

—Darás gracias a tu marido—dijo.—Es un muchacho activo, a lo que parece, y deseo por tí que conduzca honradamente sus negocios. Pero nuestras ideas no son las mismas, y por lo tanto no me encuentro a mis anchas en vuestra hermosa casa del parque de Monceaux.

La tía Isabel pareció desazonada con aquella contestación.

—¡Qué malos resultan los hombres con su política—dijo en tono chancero.—¿Quieres saber la verdad? Tu papá está a matar con vosotros porque vais a las Tullerías.

Pero el anciano se encogió de hombros, como

para demostrar que su descontento se fundaba en motivos mucho más graves. Púsose de nuevo a andar lentamente, pensativo. Renata permaneció un instante guardando silencio, teniendo en la punta de la lengua la petición de los cincuenta mil francos. Después apoderóse de ella una cobardía mayor, besó a su padre y se marchó.

La tía Isabel quiso acompañarla hasta la escalera. Al atravesar la fila de habitaciones, continuó charlotteando con su vocecita de señora mayor:

—Eres feliz, querida hija mía. Siento verdadero placer al verte tan hermosa y tan bien trajeada; pues si tu casamiento hubiese ofrecido mal resultado, ya sabes que me habría juzgado culpable... Tu marido te ama, tienes cuanto te hace falta, ¿verdad que sí?

—Claro está—contestó Renata, esforzándose por sonreír, con la muerte en el corazón.

La tía la detuvo aún, con la mano apoyada en la baranda de la escalera.

—Para que veas, el único temor que abrigo es el de que se te suba el santo al cielo con tu felicidad. Sé prudente, y sobre todo, no vayas a vender nada... Si llegases a tener un hijo, te encontrarías para él con una fortunita preparada.

Cuando Renata se halló en el cupé, lanzó un suspiro de alivio. Gotas de frío sudor le humedecían las sienes, y se las enjugó pensando en la glacial humedad del hotel Béraud. Después, cuando el cupé rodó al claro sol del muelle de San Pablo, acordóse de los cincuenta mil francos, y todo su dolor se despertó, más vivo todavía. Ella, a quien se tenía por tan atrevida, ¡qué cobarde se acababa de mostrar! Y, no obstante, era de Máximo de quien se trataba, de su libertad, de los placeres de ambos. En medio de los

amargos reproches que ella misma se dirigía, una idea surgió de repente, que llevó su desesperación al colmo; debería de haber hablado de los cincuenta mil francos a la tía Isabel, en la escalera. ¿En dónde había tenido la cabeza? Tal vez la bondadosa señora le habría prestado la suma, o, cuando menos, la habría ayudado. Ya se inclinaba para ordenar al cochero que volviese a la calle de Saint-Louis-en-l'Île, cuando creyó volver a ver la imagen de su padre, que atravesaba lentamente la solemne sombra del gran salón. Nunca tendría el valor de volver en seguida a aquella habitación. ¿Qué alegraría para explicar aquella segunda visita? Y, en su interior, tampoco se sentía con valor de hablar del asunto a la tía Isabel. Así fué que dijo al cochero que la condujese a la calle de Faubourg Poissonnière.

Madama Sidonia lanzó un grito de entusiasmo cuando la vió empujar la puerta discretamente de la velada tienda. Hallábase allí por pura casualidad, pues iba a salir para correr a casa del juez de paz, a donde citaba a una cliente. Pero ella faltaría y lo dejaría para otra ocasión. ¡No se sentía poco feliz al ver que su cuñada había tenido la amabilidad de hacerle por último una visita! Renata se sonreía con ademán de inquietud. Madama Sidonia no quiso en modo alguno que se quedase allí abajo, e hizo que subiera a su habitación por la escalerilla, después de haber apartado el tirador de metal del almacén. Lo menos veinte veces al día quitaba aquel botón, que se sostenía con un simple clavo.

—Aquí, hermosa mía—le dijo, haciéndola sentarse en una silla larga,—vamos a hablar a las mil maravillas... Figúrate que llegas a pedir de boca; como que esta noche habría ido a tu casa.

Renata, que conocía la habitación en que se hallaba, experimentaba allí esa vaga sensación de malestar que ofrece a un paseante la vista

de un rincón de bosque devastado en un paisaje querido.

—¡Ah!—dijo por fin,—ha cambiado usted de sitio la cama, ¿no es así?

—Sí—contestó tranquilamente la vendedora de encajes;—ha sido una de mis parroquianas la que la ha encontrado mucho mejor enfrente de la chimenea. También me ha aconsejado que ponga cortinas coloradas.

—Es lo que yo me decía, las cortinas no eran de este color... El rojo es un color demasiado vulgar.

Calzóse el lente y contempló aquella pieza que ofrecía el lujo de gran hotel amueblado. Vió sobre la chimenea largas horquillas para el pelo, que con seguridad no procedían del escaso moño de la señora Sidonia. En el antiguo sitio en que se encontraba la cama, el papel pintado aparecía del todo arañado, descolorido y ensuciado por los colchones. La corredora hizo cuanto estuvo en su mano para ocultar tamaña herida con los respaldos de dos sillones; mas como los respaldos eran algo bajos, la vista de Renata se fijó en aquella faja deteriorada.

—¿Tiene algo que decirme?—le preguntó por último.

—Sí, es toda una historia—contestó madama Sidonia, juntando las manos con ademán de comilona que va a referir lo que ha engullido en la comida.—Figúrate que el señor de Saffré bebe los vientos por la hermosa señora de Saccard... Sí, de ti, ni más ni menos, preciosa mía.

Renata no hizo siquiera el menor movimiento de coquetería.

—¡Vaya! pues ¿no decía usted que estaba tan perdido por la señora de Michelin?...

—¡Oh! aquello ha concluído, de todo punto concluído... puedo probártelo, si así lo quieres... ¿Por ventura ignoras que la pequeña Michelin